

que los antiguos llamaban Montes de Oeta (hoy Cumaitra y Catavotra), entre ellos el de las Termópilas, y tan grande era la escasez de tropa que para esta misión solo le pudo dar el emperador doscientos sesenta infantes ligeros, ciento sesenta jinetes y mil reclutas, que tuvo que instruir todavía.

Cuando todo estuvo preparado y formado el vasto círculo alrededor de los godos, que continuaban regalándose y devastando la Tracia y la Macedonia, empezó la gigantesca batalla en el año 251. Pero aunque magistralmente ideada y preparada, acabó desastrosamente para Decio y los romanos. Al principio los godos, terriblemente acosados, ofrecieron abandonar todo el botín si se les dejaba repasar libremente el Danubio. Decio no pudo ni quiso acceder á esta condición, y continuando la lucha, en la segunda mitad del mes de noviembre del año 251 se dió cerca de Abrito ó Foro Trebonio, en la Dobrutcha, la terrible y fatal batalla decisiva. Al principio vencían los romanos, pero avanzando con ardor ciego se internaron en un pantano en que se apoyaban las últimas masas godas que todavía resistían, y allí sucumbieron, hundiéndose en el terreno que cedía bajo sus piés, mientras las flechas godas mataban á los demás. El mismo emperador se contó entre estos últimos. Fué esta catástrofe la repetición de la del ejército de Varo en las selvas germánicas.

CAPITULO II

LA DESCOMPOSICION DEL IMPERIO

La derrota desastrosa en la Dobrutcha causó en todo el imperio un abatimiento profundo y el temor general de ver desaparecer para siempre la antigua grandeza romana. Los godos repusieron el Danubio con el fruto de sus rapiñas sin que el gobernador Galo les opusiera obstáculo, y por lo pronto no se vieron molestadas las fronteras del imperio. El sucesor del infortunado Decio fué el mismo Galo, natural de Perusa, en Italia, elección que fué causa de que mas adelante la opinión pública le acusara de haber tenido relaciones secretas con los godos y haber inducido traidoramente á Decio á penetrar en aquel terreno falaz donde encontró la muerte. Por lo pronto Galo nombró césares á su hijo Volusiano y al segundo hijo de Decio, Valente Hostiliano, y en seguida hizo la paz con los godos, dejándoles todo el botín que habían hecho y concediéndoles un tributo anual, condiciones vergonzosísimas para Roma. Arreglado esto, regresó á la capital del imperio en el año 252.

Una nueva calamidad, mucho mas funesta que todos los desastres de la guerra, no dejó tiempo á los romanos de meditar sobre aquella paz deshonrosa. Este enemigo nuevo fué la peste, que durante un período de veinte años volvió á devastar el imperio; y para hacer la situación mas horrorosa se agregaron á ella las tristes consecuencias de la crisis monetaria y los ataques de enemigos exteriores. El año 251 el terrible azote empezó á invadir, desde el Alto Nilo, el mundo occidental. Los síntomas principales de la epidemia, llamada peste cipriana, contagiosa en extremo, eran calentura violenta, pústulas, diarrea, vómitos, inflamación de la faringe y de los ojos, sed devoradora, destrucción gangrenosa de los piés, paralización de las extremidades inferiores, sordera y ceguera. De la descripción de los antiguos no ha podido sacar datos suficientes la ciencia médica moderna para hacer la clasificación de esta peste y determinar si era bubónica, tifoidea ó variolosa. Lo cierto es que asoló horriblemente todo el Egipto, y especialmente á Alejandria, desde donde, siguiendo el camino que en otras ocasiones había llevado el contagio desde el tiempo de Tucídides, se extendió primero por el Asia Oriental y la península balcánica, y

desde allí, seguramente por mar, pasó á la Italia, cebándose principalmente en Roma de una manera espantosa, desde fines del verano del año 252, en todas las clases de la población.

De esta peste murió también, entre otros, el hijo de Decio, el joven César Hostiliano. En la península balcánica la mortandad fué grandísima, y mas sensible si cabía que en otras provincias, por haber sido aquellos países recientemente devastados y haber quedado en parte despoblados por los godos. No se ha podido determinar si fué esta misma epidemia que asoló el mundo ó otra de análoga naturaleza la que causó la muerte del gran emperador Claudio, en el año 270; pero tanto si fué la misma con períodos de recrudescencia como si hubo varias pestes, el efecto destructor fué funestísimo para el porvenir del imperio, porque la enfermedad causó innumerables víctimas, especialmente en la fuerza armada que peleaba en las provincias orientales, en las ciudades disminuyendo el número de sus defensores y en los distritos rurales paralizando los trabajos agrícolas. Al mismo tiempo la crisis monetaria creciente, uniéndose á la calamidad de la peste, produjo carestía, inmensa miseria y frecuentes hambres generales, quitando al país toda la fuerza y energía para resistir á los ataques de los enemigos exteriores, siendo de poco ó ningún auxilio el que la peste sembrara también diferentes veces entre ellos el terror. Todo esto influyó poderosamente en las generaciones posteriores, disminuyendo sus fuerzas físicas y preparando, en unión con las demás calamidades de miseria y guerras interiores y exteriores, aquella situación de debilidad general que hizo indispensable la admisión de innumerables masas de elementos extranjeros en el imperio para repoblar las provincias desiertas. De aquí el inevitable cruzamiento de razas y la consiguiente desaparición de la población antigua.

Este procedimiento fué secundado poderosamente por diferentes emperadores. La paz vergonzosa que Galo hizo con los godos disgustó y exasperó al ejército del Danubio, tanto mas cuanto que ni siquiera sirvió para devolver la tranquilidad al imperio. No solo no observaron el convenio los pueblos fronterizos, que nada tenían que ver con los godos, sino que tampoco lo cumplieron los que estaban aliados con ellos, y continuaron sus depredaciones como antes.

En tal situación encargóse del mando de las fuerzas de la Panonia y Mesia, M. Emilio Emiliano, general valiente y enérgico, originario de Mauritania, que supo levantar el espíritu de la tropa y despertar su confianza, prometiendo á los soldados el tributo pagado á los godos si contribuían á vencerlos. Valiéndose de la sorpresa consiguió, en efecto, destruir una hueste enemiga que había penetrado en la provincia, y aprovechando el entusiasmo de sus soldados por esta victoria, pasó el Danubio y causó en diferentes acciones á los godos grandes pérdidas, en la primera mitad del año 253. Desgraciadamente no se contentaron con estas ventajas ni él ni sus soldados; quiso ser emperador, y sus tropas le proclamaron por tal efectivamente á mediados del año 253. De aquí se originó una nueva guerra civil, corta pero perniciosísima para el imperio, porque desgarnecidas las fronteras permitió á los germanos penetrar en innumerables masas por tres puntos distintos en las provincias romanas, y facilitó á los persas, que desde la muerte de Decio habían renovado sus ataques, los medios de continuar la guerra contra Roma en grande escala.

Emiliano, una vez proclamado, pasó con su ejército á Italia, donde otra vez hubo de decidirse la competencia entre dos pretendientes. El emperador Galo, decidido á probar la suerte de las armas antes de renunciar á la diadema imperial, ordenó á Valeriano, general en jefe de las fuerzas de

la Nórica y la Retia, que enviara á Italia las del Rhin. Valeriano no debió de darse mucha prisa á cumplimentar esta orden, porque cuando la suerte de Galo se decidió continuaba todavía en sus provincias alpinas. Emiliano, en su marcha sobre la capital, había llegado hasta Terni, en la Umbría meridional, cuando á diez leguas de la capital le disputaron el paso Galo y su hijo Volusiano, á la cabeza de sus fuerzas, en el mes de febrero del año 254. No hubo batalla campal, porque la fama de Emiliano y el mayor número de sus fuerzas indujeron á los soldados de Galo á matar á este y á su hijo; de suerte que Emiliano pudo entrar sin desvennar la espada en la capital y hacerse confirmar emperador por el Senado, al cual mostró el mayor acatamiento.

Inauguró su mando supremo con disposiciones muy cuerdas, pero no pudo desarrollar su política porque su reinado solo duró tres meses. Apenas instalado en Roma le llegó la noticia de que el general Valeriano, hombre acreditadísimo como particular y como militar, había cedido en el año anterior, antes de la muerte de Galo, á las instancias de sus oficiales y se había hecho proclamar emperador. Una nueva guerra civil habría sido entonces inevitable á no interponerse un elemento nuevo, el de los generales, que desde entonces hasta la proclamación de Diocleciano arrojaron su voluntad en la balanza para acabar con las continuas guerras de sucesión y no permitir que la soldadesca y los centuriones, siempre dispuestos á sublevarse, dispusieran á cada instante de la suerte del imperio. A pesar de tantos emperadores como desde la muerte de Septimio Severo habían llegado al poder supremo sin ser á la vez gobernantes entendidos ni grandes capitanes, se había formado, gracias á la dura necesidad, un excelente y numeroso estado mayor de jefes superiores, y estos evitaron por entonces la guerra civil. En su concepto Valeriano tenía mas condiciones para dirigir la nave del Estado que Emiliano; y habiéndose puesto de acuerdo los jefes de uno y otro partido, fué acuchillado Emiliano por sus soldados en mayo del año 254, tres meses despues de su entrada en Roma, junto á un puente cercano á Spoleto, cuando marchaba hacia el Norte contra su competidor. Valeriano, que iba aproximándose con sus fuerzas á marchas dobles, pudo continuar entonces con mas lentitud y sin obstáculo su camino hasta Roma, donde fué reconocido por el Senado, en el cual estaba tan considerado como querido en el ejército.

Emiliano y Galo murieron antes de haber llegado á la edad de 50 años.

En junio del año 254 confirmó el Senado el nombramiento de César hecho en el año anterior por Valeriano á favor de su hijo Publio Licinio Galiano.

Cayo Publio Licinio Valeriano, hijo de Valerio, descendiente de una familia romana distinguida, había nacido hacia el año 190. La alegría con que fué recibido en la capital tuvo eco en todas las provincias, porque en todas partes se creía que al fin se había encontrado un emperador capaz de dominar la situación terrible del imperio. Esta esperanza era muy fundada, pues Valeriano era persona nobilísima por su carácter, libre del contagio de la corrupción de sus contemporáneos, y sin ser idealista como Decio, tenía conciencia de la dignidad y de los deberes morales que imponía la antigua grandeza romana á la persona en cuyas manos el destino había depositado la dirección y la suerte del imperio. En materia de administración civil como en el ramo militar era persona acreditadísima, y protector y amigo instruido de las artes y ciencias. Carácter práctico, llano, grave y recto, su reinado ciertamente habría sido un beneficio para el imperio en circunstancias mas favorables; mas por su desgracia y la del imperio, eran tan enormes las dificultades con que

tuvo que luchar, que el brio y la confianza con que se hizo cargo de su nueva dignidad se trocaron en desaliento y cansancio desesperado. Lo que la solicitud y actividad incansables de Valeriano ejecutaron por el bien público, no fué reconocido sino despues de su muerte y la de su hijo. Su mayor mérito consistió, como se vió despues, en el acierto admirable con que supo encontrar las personas idóneas para los altos puestos civiles y militares. Sabia proteger y amparar el verdadero mérito de todas las maneras posibles, aunque le viese en personas humildes y pobres. El fué quien reunió aquel admirable estado mayor en cuyas filas figuraban casi todos los varones ilustres que mas adelante se distinguieron hasta el tiempo de Diocleciano como salvadores del imperio. Era Valeriano uno de aquellos discretos gobernantes que sabían apreciar sin necia envidia los méritos de otras personas y aceptar con varonil franqueza los consejos prudentes de amigos capaces y sinceramente adictos. Su hijo Galiano, que contaba treinta y cinco años cuando fué nombrado César, tenía dotes nada comunes, pero también debilidades y defectos que daban que pensar. Carecía, entre otras virtudes, del talento de inspirar entusiasmo y fidelidad á los grandes generales, cosa esencial en aquella época en que los asuntos militares habían adquirido una importancia verdaderamente inmensa desde el primer día de la proclamación de su padre Valeriano.

El primer grito pidiendo auxilio á Roma, llegó de la península balcánica y de las fronteras del Danubio, del lado de la Panonia y de la Nórica. Mientras Emiliano se dirigía en el año anterior, 253, con las legiones ilíricas á Italia contra su competidor, innumerables masas de bárbaros, en primera línea los godos, habían invadido, por la parte del Este, la Tracia y la Macedonia, extendiendo sus correrías hasta las fronteras de la Grecia y de Italia; y al mismo tiempo los marcomanos pugnaban por invadir la Panonia y la Nórica. La situación era desesperada, pero en medio de todo no faltaron jefes romanos que resistieron como valientes, ni ciudades cuyos habitantes, latinos y griegos, supieron abandonar sus comodidades é indolencia y en unión de la tropa defender valerosamente sus hogares. La capital, Bizancio, entonces ciudad todavía de medianas proporciones, con sus fortificaciones solo parcialmente reconstruidas, no podía hacer mucho para la defensa del país; pero en cambio la segunda capital, Tesalónica, ciudad heróica, reforzada con una nueva colonia romana por el emperador Decio, fué el principal baluarte de la península, siendo defendida por el esforzado gobernador general Valente. Contra sus muros se estrellaron las tribus germánicas, sármatas y getas. En la Grecia propiamente dicha, ó sea en la provincia de Acaya, formó el pueblo milicias que ocuparon las Termópilas y otros desfiladeros; los atenienses restauraron y pusieron en estado de defensa las murallas de su ciudad; todos los pueblos de la Morea volvieron á su antigua práctica y reconstruyeron una muralla al través del istmo; y mientras se ejecutaban estas obras, Tesalónica sostuvo las embestidas de los bárbaros hasta que, efectuada la entronización de Valeriano, las legiones ilíricas regresaron á las fronteras del Danubio, donde lucharon durante años para arrojar al otro lado á los enemigos.

La importancia trascendental de las operaciones en aquella parte del imperio absorbió toda la atención y todas las fuerzas del emperador, el cual dejó á su hijo el cuidado del Occidente. Para asegurar la tranquilidad de la península balcánica separó el mando del ejército de la administración civil y nombró un capitán general de todas las fuerzas de las provincias ilíricas, del cual debían depender en adelante las tropas y jefes de la Panonia, la Dalmacia, la Dacia, la

Mesia y la Tracia, divididas en distritos militares. Así, con hombres como Ulpio Crinito, militar de primer orden, descendiente de Trajano, como Macriano, Ingenuo, Regaliano, Claudio, Aureliano y Probo, y con el auxilio de las legiones, que con asiduo trabajo fueron disciplinadas é instruidas, consiguió cerrar otra vez la frontera del Danubio por aquel lado á los pueblos germánicos del Este. Respecto de la Dacia, considerada como perdida para el imperio desde el año 256, solo conservó Roma, haciendo los mayores esfuerzos, la Transilvania, con sus plazas fuertes y sus minas de oro; pero quiso la desgracia que detrás de esta frontera, tan difícil de



Galieno (Museo Capitolino)

guardar, asolaran la península balcánica el hambre y la peste, y para colmo de males volvió á enardecerse la guerra en Oriente. El rey de Persia, Sapor I, había aprovechado los desórdenes del imperio romano para agregar de una vez á su imperio toda la Armenia, y esto obligó al emperador Valeriano á dirigir toda su atención á aquella parte.

El rey arsácida Cosroes, amigo de los romanos, había sido asesinado con toda su familia menos un hijo, pequeño todavía, por Anac, agente del rey de Persia. Artavasdes, fiel ministro del rey de Armenia, fué quien logró salvar al hijo de este, llamado Tiridates, entregándolo á los romanos, entre los cuales vivió muchos años como pretendiente armenio. Sapor trasformó la Armenia en satrapía persa y como buen príncipe asiático hizo degollar á toda la familia de Artavasdes é impuso á la fuerza á los armenios la religion persa, el culto del fuego. Después, en el año 254, cayó sobre la Mesopotamia y se apoderó hasta de Nisibe y Carres. Una vez dueño de la Mesopotamia, se abrió á su sed de conquistas un vastísimo campo. En efecto, desde el momento en que estuvieron expuestas á todas las invasiones las fronteras del imperio romano, á cada invasion se habían trasladado á Persia grandes masas de proletarios y esclavos sometidos al dominio de Sapor, y hasta personas de las clases acomodadas y dis-

tinguidas siguieron este ejemplo por un motivo ú otro, renegaron de su patria y facilitaron al enemigo sus proyectos de conquista. A estos elementos se agregaron muchos otros, que desde la restauracion de la Persia por la rigurosa dinastía sasánida meditaban efectuar la separacion completa entre su país y el imperio romano. Uno de estos individuos era Ciriades, natural de Antioquía y hombre extragado por los vicios, por cuya razon estaba reñido con su padre y arruinado. Ciriades pretendió nada menos que libertar del yugo romano á su país, la Siria, con el auxilio de los persas, y proclamarse emperador de Siria. Este criminal se puso en relacion con Sapor y le facilitó la conquista de Antioquía, que fué por el ejército persa saqueada y en parte destruida en el mes de octubre del año 255 ó en el verano del año siguiente.

En este estado de cosas, no quedó mas recurso á Valeriano que abandonar la península balcánica en el año 256 y trasladarse á toda prisa con un ejército á la Siria. Allí con poco trabajo recuperó á Antioquía y se ocupó con toda su energía y actividad en restaurarla. Los movimientos ulteriores contra la Persia fueron muy difíciles, porque los godos, habiendo



Moneda de oro de Valeriano con la inscripcion:
IMP. C(aius) P(ublius) LIC(inius) VALERIANVS AVG.

encontrado y aprovechado el camino del mar Negro, invadieron el Asia Menor. Los godos y los pueblos que les seguian se habían hecho dueños del reino del Bósforo, que comprendía la Crimea y las comarcas vecinas, colonizadas por los griegos. Allí se apoderaron de un gran número de buques veleros, tripulados por griegos, con los cuales recorrieron primero las costas; y después de haberlas asolado completamente, pasaron á las aguas griegas, devastando el país con un salvajismo comparable solo con las expediciones de los primeros normandos. Sin embargo, una embestida en mayor escala de los hérulos y boranos contra la ciudad de Pitonte, plaza marítima de la Cólquida, se estrelló en el año 255 contra la energía del comandante Succesiano.

En el año siguiente llamó Valeriano á Antioquía á este valiente militar, nombrándole prefecto de la guardia pretoriana y encargándole la direccion de las obras de restauracion de la ciudad. En los años 256 y 257 cruzaron los germanos otra vez el mar Negro con mayores fuerzas, atacaron Faso (en la Cólquida) y fueron rechazados, pero se apoderaron esta vez no solo de Pitonte sino tambien, por la cobardía de la guarnicion, de Trebisonda, saqueando y destruyendo ambas ciudades. Entonces fué menester que Valeriano corriera á la Capadocia para impedir desde allí los progresos de los godos y su union con los persas.

Mientras todo esto sucedía en Oriente, iban madurando en el Occidente los sucesos terribles que al cabo de una decena de años debían ser los precursores de la descomposicion lúgubre del imperio romano. Ni los turbulentos marcomanos del lado de la Panonia y de la Nórica, ni los bárbaros conocidos bajo el nombre genérico de alamanos, que asediaban y traspasaban con audacia incorregible el límite fortificado que unía la frontera del Danubio, eran los únicos enemigos que pugnaban sin cesar por penetrar, y penetraban con frecuencia en el imperio, saqueando y devastando las provincias inmediatas; pues á estos enemigos se agregaba desde algun tiempo otro grupo de tribus germánicas llamado de los fran-

cos, nombre que al parecer se oyó por primera vez en tiempo de Septimio Severo. Esto no significa que fuese el de los francos un pueblo desconocido, pues no era mas que una nueva agrupacion de muchísimas tribus y fracciones de tribus conocidas ya de los romanos desde muchísimo tiempo, como las de chamavos, atuarios, amsvarios, sicambros, brúcteros, catos, bátavos y otros. Si algunas de estas tribus eran ya temibles antes, mas lo fueron reunidas en el nuevo grupo de los francos, si bien pasó bastante tiempo antes de que este grupo llegara á ser tan agresivo y peligroso para el imperio como lo era entonces el de los alamanos. Eran mas peligrosos los francos que se agruparon probablemente al rededor de un primer núcleo formado al Norte de la Galia, en el territorio ó junto al territorio de los bátavos, desde donde se fueron extendiendo y aumentando hasta invadir en grandes masas destructoras la Galia, á la muerte del emperador Gordiano III y recientemente cuando ocurrieron la de Decio y la elevacion de Emiliano; porque de todas estas tribus que constituyeron el nuevo grupo franco, habían sacado los emperadores romanos la mayor parte de las fuerzas germánicas que emplearon en sus ejércitos como vanguardia y columnas de ataque, y últimamente en la guerra contra los persas, así como los elementos de colonizacion, habiendo llegado muchos de estos bárbaros á ocupar altos puestos militares. Su invasion en tiempo de Valeriano coincidió con otra de los alamanos por el lado del Alto Rhin, de suerte que las empresas devastadoras de ambos grupos se auxiliaban mutuamente, siendo lo peor que por el lado del Rhin había muy poca tropa romana y era cada año mas difícil cubrir las bajas de las legiones con soldados romanos ó itálicos, aun cuando la peste no hubiera diezmando la poblacion y las arcas del tesoro hubiesen estado repletas.

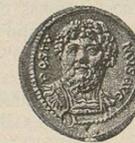
Galieno, á quien su padre había delegado el gobierno del Occidente, hizo desde el año 255 cuanto pudo para fortificar y asegurar las fronteras de la Galia, asesorándole y auxiliándole en todos sus trabajos un varon eminentísimo que su padre había puesto á su lado en calidad de gobernador general de la Galia y general en jefe de las fuerzas del Rhin. Este hombre era Marco Casiano Latinio Póstumo, que de una humilde condicion había subido á tan elevado puesto por sus propios méritos, su inteligencia penetrante, su sagacidad asombrosa y demás dotes admirables que hicieron de él una notabilidad en la administracion civil y un general de primer orden en las empresas guerreras. Durante algunos años trabajaron Póstumo y Galieno de acuerdo y con gran éxito; pero en el año 256 penetró en la Galia una numerosa hueste franca, y una parte de ella llegó hasta la península ibérica y la recorrió robando y matando. La parte que quedó en el corazon de la Galia burló con su vida errante todos los esfuerzos y toda la estrategia de los romanos, los cuales necesitaron doce años para expulsar los últimos restos de la banda. En cuanto á la parte que penetró en España, fué tan poderosa que pudo devastar terriblemente, en el año 261, la ciudad de Tarragona y enviar una numerosa banda al Africa.

Mejor resultado tuvieron las operaciones contra los alamanos, que tambien se habían derramado por los territorios romanos vecinos, y á quienes Póstumo, con esfuerzos inauditos, logró rechazar al otro lado del Neckar, protegiendo eficazmente toda la cuenca del Rhin desde Maguncia á Coblenza y toda la cuenca del Mosela, servicios á los cuales Valeriano le quedó agradecidísimo. No así Galieno, el cual, demasiado envidioso del mérito ajeno, procedió de una manera que le enajenó la amistad cabalmente de los hombres mas capaces y de valía. Esto se echó de ver por primera vez en el año 258 cuando Valeriano le llamó á su lado con motivo de una

conspiracion que había estallado en Panonia contra la familia imperial.

Tal fué el principio del período lóbrego que los historiadores romanos posteriores, por una supuesta y rebuscada analogía con la desgraciada suerte de Atenas despues de la batalla de Egos-Pótamos, dieron en llamar la época de los treinta tiranos, es decir, la época de los treinta usurpadores. Era en realidad ni mas ni menos que un período de sediciones militares y de guerras de pretendientes que desde el año 258 surgieron en todas las provincias sin interrupcion, cuyos tristes héroes eran generales y gobernadores que se hicieron proclamar por sus tropas y disputaron la púrpura á Galieno ó se declararon emperadores independientes de sus respectivas provincias.

La miseria que esto atrajo al imperio fué indecible, y á este tristísimo espectáculo contribuyeron multitud de causas. Muchos de estos emperadores facciosos se levantaron, especialmente despues de la muerte de Valeriano, porque no podían estar de acuerdo con su hijo Galieno, el cual á pesar de sus muchas buenas cualidades no había logrado imponerse



Moneda de oro de Póstumo con la inscripcion: POSTVMVS AVG.

á los grandes jefes ni como militar ni como gobernante, habiendo además ofendido á varios de ellos personalmente. Por otra parte era natural que las legiones, viendo sublevarse á sus jefes, volvieran á sus antiguos hábitos de indisciplina; y como cada rebelion y cada proclamacion de un emperador era ocasion de ricos donativos y de ascensos, se pronunciaban por su propia cuenta proclamando emperador á un candidato suyo y armando así un gran número de facciones secundarias y efímeras en medio de las grandes sublevaciones. La mayor de estas fué sancionada por el Senado porque se efectuó en las provincias orientales cuando era urgentísimo hacer frente á los persas. Muchos emperadores facciosos fueron impulsados ó animados á levantarse como pretendientes por los mismos habitantes de las provincias, porque estaban descontentos del gobierno central ó porque el nuevo pretendiente era hijo de su país. Esta fué probablemente la causa de la sublevacion del general Ingenuo en el año 258. Ingenuo se había distinguido notablemente en las varias campañas contra los godos y sármatas y era igualmente querido de sus paisanos los panonios y de sus legiones. Valeriano estaba entonces ocupadísimo con los godos y persas en las provincias del Este; de manera que contra Ingenuo, proclamado emperador por sus tropas, marchó el César Galieno desde el Rhin á la Iliria; pero Galieno, en un movimiento inoportuno de envidia contra el altivo Póstumo, que poseía no solo la conciencia de su valer sino tambien el amor de los provinciales galos, dejó como representante imperial en Colonia á su joven hijo Cornelio Salonino, llamado así en honor de su madre Julia Cornelia Salonina, nombrándole César y dando á este niño de trece años por consejero á un tal Silvano. Esta conducta imprudente produjo las consecuencias mas funestas y sangrientas.

Tan pronto como Galieno tuvo reunidas las fuerzas necesarias dirigióse á la Iliria contra el general rebelde y le venció en una batalla campal cerca de Mursa, hoy Essek, á orillas del Drave en Hungría, gracias al concurso del general Cayo